

Reseñas

El ojo atravesado. Correspondencia entre Gabriela Mistral y los Escritores uruguayos. Edición, selección, notas y comentarios Silvia Guerra y Verónica Zondek. Santiago de Chile: Lom ediciones, 2005.

Hay libros curiosos; algunos los son por la materia o el tema que los motivan. Otros por su escritura y aun otros por la peculiaridad del género que cultivan. *El ojo atravesado* es uno de esos libros curiosos por todas esas razones. El subtítulo anuncia que se trata de la “Correspondencia entre Gabriela Mistral y los escritores uruguayos”, pero se trata de un acto de modestia por parte de las poetas que aparecen como responsables de la “edición, selección, notas y comentarios”. En verdad, se trata de mucho más que una simple edición, de una empresa de recolección y selección. Silvia Guerra y Verónica Zondek, poetas establecidas en sus respectivos países y felizmente más allá de fronteras, presentan en *El ojo atravesado* una lectura de Gabriela Mistral y de ese diálogo latinoamericano (escasamente reconstruido, casi siempre supuesto pero nunca estudiado en los análisis literarios y culturales) que son centrales para la comprensión de nuestra América.

Libro curioso pues negándose a presentarse como “edición crítica” lo es en parte. Sin embargo, no se trata de una edición crítica porque es antes la lectura de dos poetas. Una lectura que construye una Gabriela Mistral, un diálogo chileno-uruguayo y sobre todo un panorama de la situación y el estado de conciencia de los letrados latinoamericanos en el período que va entre el fin de la Primera Guerra Mundial y los primeros años de la llamada “Guerra Fría”. Todavía más curioso este libro por la inclusión y la intervención de las voces de Guerra y Zondek, por los apéndices literarios e iconográficos y por las anotaciones a pie de página. Debo confesar que leí el libro en una suerte de lectura híbrida, que casi todo el tiempo lo entendí como una suerte de novela epistolar, que a veces se me aparecía como una reconstrucción de la vida de Gabriela Mistral y otras de Esther de

Cáceres. Es posible, entonces, que lo curioso del libro esté en mi errónea lectura.

Después de todo, no puedo responsabilizar a Guerra y a Zondek el haber leído la edición de una parte de la correspondencia de Gabriela Mistral y de algunas secciones del riquísimo archivo de la Biblioteca Nacional de Uruguay como si fuera un relato novelesco. No hay intención ficcional en las autoras, pero sí hay una lectura poética. Los mismos silencios de algunas de las cartas recogidas, los puntos suspensivos, los entre paréntesis; en suma, las “ediciones”, en el sentido anglosajón del término, de este epistolario polifónico dan cuenta de dicha lectura poética. Lectura que las autoras describen como regido por la voluntad de situarse y las cito: “en el acto de atravesar el campo de pensamiento de este epistolario y ahondar en el vínculo *entre*. Es en el *desde* donde encontramos el lugar de la materia fértil y provocativa que creemos constituye lo neurálgico de este libro”. (12)

Es en el “entre” y en el “desde” que se sitúa la lectura de estos archivos donde encuentro la trama. La trama, el relato que ellas han construido y que ellas han leído como “diálogo portador de pensamiento”. Libro curioso, entonces, extraño que presenta no uno sino múltiples diálogos, ya que si bien la trama central está en el *entre* configurado por la correspondencia entre Gabriela Mistral y Esther de Cáceres, ello no implica la clausura o la insignificancia de las otras voces, de las otras conversaciones con los demás escritores uruguayos recogidas en el libro.

La figura protagónica de Gabriela Mistral se acompaña de la voz de Esther de Cáceres; como en otros casos del amplio epistolario de la poeta chilena ocurre con las cartas de la cubana Lidia Cabrera. Precisamente, quizás una de las importancias de la trama urdida por *El ojo atravesado* aparezca con mayor claridad si hacemos dialogar la Gabriela Mistral que surge de las manos de Guerra y Zondek con la que aparece en otras ediciones. Las conocidas “cartas de amor” de Gabriela Mistral o su correspondencia con la cubana muestran que la poeta chilena presenta múltiples facetas.

Y esto, que no es nuevo- siempre todos somos más de uno- en el caso de *El ojo atravesado* aparece con particular fuerza. El diálogo

HPR/113

de Mistral no es el mismo con todos sus corresponsales: hay una Gabriela íntima y otra pública o semi pública; así como hay una Gabriela que reconoce sus problemas de salud y una que pide que se oculten sus problemas de visión pues pueden costarle su puesto diplomático. Hay una Gabriela que se da cuenta de las miserias de los funcionarios y otra que esconde sus avatares más íntimos. Pero sobre todo, la Gabriela Mistral que surge en la conversación con Esther de Cáceres o quizás sería adecuado decir: la Gabriela que Esther de Cáceres obliga a surgir no es la misma que irrumpe en la correspondencia con Lidia Cabrera o incluso con Clara Silva y otras corresponsales.

Frente al discurso íntimo, dolido, afectuoso, filial que Gabriela brinda a Esther de Cáceres, la uruguaya responde siempre en clave religiosa pero frente a la madre. De hecho, las más de las veces Gabriela llama a Esther “hija” a veces “hermana” o “chiquita” mientras ésta la llama reiteradamente “santa”, “madre”, “maestra”. En una ocasión, sin embargo, dice Esther de Cáceres: “no sabes cuánto pienso en ti y cuánto deseo ir a tu lado, mirarte la frente, tomarte la mano, oír tu rezo y ser tu hijita y tu Madre.” (125)

El diálogo entre mujeres, entre hermanas, el constante preguntarse por las unas, por las otras: Victoria Ocampo, Juana de Ibarbourou, Sara de Ibáñez, Maruja Mendilaharsu, Marta Salotti, la siempre aludida “Connie”, Doris Dana atraviesan las cartas de Gabriela Mistral y sus corresponsales mujeres. Esta hermandad femenina, esta “ciudad letrada” en clave mujer que construyen estas cartas dan cuenta de un fenómeno particularmente relevante no solo en relación con el diálogo intelectual latinoamericano sino en cuanto al desarrollo de una suerte de “aire espiritual feminista” en la región que se desarrolló entre el sufragismo de comienzos de siglo XX y la eclosión feminista del último tercio del mismo siglo. Diálogo que seguramente puede ser leído en múltiples claves- como lo ha hecho entre otras Sylvia Molloy al estudiar la escritura de Gabriela Mistral – y que habilitaría el ingreso en el tema de las peculiares amistades femeninas de Mistral que tanta polémica han despertado en los últimos años. Diálogo, sin embargo,

HPR/114

que desarma la argumentación acerca de la supuesta separación en el discurso femenino entre lo público y lo privado.

Precisamente, lo que estas cartas muestran, además del diálogo íntimo entre hermanas y del tejido literario e intelectual entre los escritores latinoamericanos de la época, es la intensa, sincera y profunda preocupación de estas mujeres por cuestiones vinculadas a la política, a la vida pública y a los acontecimientos internacionales. Así, el avance del comunismo, los desbordes autoritarios en Chile, en Argentina y en Europa, la defensa del pacifismo, la condena del fascismo y la inquietud ante la hegemonía patriarcal o machista- aunque corresponde señalar que estos términos nunca aparecen así formulados- son temas recurrentes en las cartas aquí recogidas.

En ese sentido, es posible advertir no solamente muchos de los planteos acerca de la cuestión de la raza en América Latina por parte de Gabriela Mistral como también reflexiones sobre los temas intelectuales propios de la época. Leídas en el momento histórico que se escribieron resultan interesantes una serie de silencios que, aun cuando explicables, no dejan de ser elocuentes; frente a la reiterada mención de Maritain y otros autores católicos resuena el que no se nombren autores como Freud, Sartre o Heidegger que bastante antes de la década del 50 ya eran de circulación masiva en los círculos literarios e intelectuales de las Américas. El silencio importa pues permite comprender mejor el horizonte ideológico de este diálogo chileno- uruguayo y sobre todo el ámbito de preocupaciones que Gabriela Mistral compartía con sus hermanos y hermanas uruguayos.

El ojo atravesado exige mucho más de lo que en esta ocasión puedo desarrollar, pero antes de terminar quisiera detenerme en un hecho de la vida de Gabriela Mistral que ocupa un lugar crucial de esta correspondencia: Me refiero a la muerte de “Yin Yin”. El relato de la muerte de su “sobrino” que realiza Gabriela Mistral en reiteradas cartas- y que algunos críticos recientes han comenzado precisamente a analizar y cuestionar- adquiere en el presente epistolario el lugar culminante de la trama. El suicidio del joven aparece narrado por Gabriela Mistral como formando parte de la tensión racial imperante en

HPR/115

Brasil y ello da pie a algunos juicios que problematizan su postura racial en nuestra América. El hecho, sin embargo, no se limita al tema racial sino también al de la maternidad- aún cuando adoptiva- de la poeta chilena. De hecho, lo que este relato efectúa es una consolidación del “personaje público Gabriela Mistral” como Madre genérica, papel o personaje reforzado por su obra poética y su profesión de maestra. Es en virtud de ese dolor real e incuestionable que Gabriela reafirma su condición de “Mater Dolorosa” que Esther de Cáceres y otras integrantes de la hermandad femenina terminan por integrar junto al de Poeta Premio Nóbel. Pues la Gabriela Mistral que surge de este epistolario no es solo la poeta sino la artista perseguida por la mediocridad y el oscurantismo del poder político, la Madre artista, la errante exiliada, la desterrada, la dolorosa.

Es muy posible que Guerra y Zondek no hayan tenido intención de presentar ese personaje. Es más seguro que fue mi lectura la que encontró en este epistolario ese personaje que las autoras no aspiraron a mostrar. Y sin embargo, lo apasionante del libro, de esta correspondencia es que la Mistral que muestra no es única ni simple.

Entre otras razones porque el objetivo del libro era mostrar no solamente a la Mistral sino un diálogo, una conversación. Esa conversación a muchas bandas, a muchas voces queda ejemplificada de maravilla con la inclusión de los tres discursos que se pronunciaron en enero de 1938 en ocasión de los cursos sudamericanos de vacaciones en Montevideo y del que participaron, además de Gabriela, Juana de Ibarbourou y Alfonsina Storni.

Las tres aparecen de cuerpo entero, las tres se revelan en aquello que de sus voces es más característico y es más conocido. Pero lo interesante es, sobre todo, el hecho de que sean estas “tres hermanas” las que juntas en aquel enero de 1938 reaparezcan en este epistolario. Lo interesante es, volver a leer, la explicitación por parte de Gabriela Mistral de que su voz es “portavoz”, de que ella habla por las mujeres. Ella representa- en doble sentido de la palabra: habla por el otro y pone en escena- la voz de las mujeres. En ese sentido estricto dice hablar por las poetas uruguayas, pero de hecho aspira a hacerlo por

HPR/116

todas las mujeres pues dice: "Me siento como un viejo cuerno lleno de estas voces ajenas: me oigo como una verdadera vaina de hablas juntas, y apenas tengo en este momento esa cosa fea que se llama acento individual, la voz con nombre propio." (223)

Sin embargo no es así. Luego de explicar "lo mujer" y lo particular de su poesía va a terminar explicándose a sí misma diciendo: "Yo deseo que en esa lágrima y en ninguna de las anteriores a ella, que me quedan por llorar sea aquella que me desprenda, que me arranque, y se lleve consigo, la viga mágica de donde me vinieron todas mis falsas fiestas, todos mis gozos, que verdaderos gozos y fiestas parece que yo nos los haya tenido, aunque en ellos me han visto y ahora mismo me están viendo las gentes..."(226).

Es en esa construcción de sí misma como alguien que no ha tenido gozos ni fiestas, es esa construcción de sí misma como "Mater Dolorosa" la que estas conversaciones con los intelectuales uruguayos realiza. Personaje curioso, libro curioso, este *Ojo atravesado* reitera el diálogo entre Chile y Uruguay en la voz de Guerra y Zondek. Lo reitera y lo confirma pues hacia el final nos ofrece una sección llamada "El ojo atravesado a tres voces: Mistral- Guerra -Zondek" que concluye diciendo: "He escrito como quien habla en soledad". La soledad del escritor, la soledad del desterrado que anunciara en "El albatros" Baudelaire y que, al parecer, sigue signando el imaginario de los poetas. La viga que atraviesa el ojo del poeta, esa que Gabriela llama mágica y de donde le vinieron todas las falsas fiestas titula este libro imprescindible que da cuenta una vez más de ese "yo poeta" desde donde la chilena y los escritores uruguayos conversaron generando ese *entre* imprescindible para la construcción de un espacio cultural en nuestra América.

Hugo Achugar
Universidad de la Republica (Montevideo-Uruguay)

HPR/117